

¿Qué iglesia tiene futuro?

Hans Küng

La actual situación plantea aún con mayor urgencia la pregunta de cómo se desarrollarán los acontecimientos en esta iglesia y en el mundo cristiano. Como es natural, nadie conoce la respuesta, ni siquiera Juan Pablo II, quien naturalmente desea un Juan Pablo III como su sucesor, pero no sabe si tal vez hay un Gorbachov católico escondido entre los cardenales. Incluso en el colegio cardenalicio muchos están convencidos de que no se puede seguir así. Si la iglesia católica (romana) ha de tener futuro como institución en el siglo xxi necesita un Juan XXIV. Como su predecesor de mediados del siglo xx, debería convocar un concilio vaticano III que nos llevara del catolicismo romano a un verdadero catolicismo. La visión del papado defendida por la hermandad de la iglesia católica, basada en el Nuevo Testamento, es diferente de la burocracia de la iglesia romana. Es el punto de vista de un papa que no se halla por encima de la iglesia y del mundo en una posición divina, sino en la iglesia como un miembro más (en lugar de en cabeza) del pueblo de Dios. Es la visión de un papa que detenta el gobierno único, pero incorporado a un colegio de obispos, un papa que no es el señor de la iglesia, sino, como sucesor de Pedro, un «sirviente entre los sirvientes de Dios» (como decía Gregorio I Magno). Haría falta un papa como Juan XXIII para retomar la idea original de la iglesia y del obispo de Roma. Mirando al futuro esto significa que el problema de la primacía romana que tan profundamente separa a oriente de occidente debe debatirse abiertamente y enfocarse de modo que ayude a encontrar una solución ecuménica tomando como base los siete concilios ecuménicos aceptados por ambas partes y el consenso de los padres de la iglesia primitiva. Las infelices decisiones de los concilios Vaticanos I y II, tomadas sin contar con las iglesias de oriente, deben reconsiderarse teológicamente. A la luz de la figura extremadamente humana de Pedro en el Nuevo Testamento y a la luz de las exigencias de hoy en día, la iglesia en su conjunto necesita más bien

una primacía de honor, inefectiva en la práctica; también necesita algo más que una primacía de la ley, que en la práctica resulta contraproducente. Necesita una primacía constructiva de la atención pastoral, una primacía pastoral en el sentido de liderazgo espiritual, inspiración, coordinación y mediación; el modelo de Juan XXIII. ¿Hay posibilidades de que esto se produzca, tal vez tras el próximo cónclave o en el siguiente? En muchos lugares la vitalidad espiritual y organizativa de la iglesia católica permanece intacta; más aún, ha resucitado. La gente más cercana a las raíces de sus sociedades trabaja solidariamente con los que sufren, con gran dedicación, «en el camino a Jericó»: son la «luz del mundo» y la «sal de la tierra». La teología de la liberación latinoamericana, los movimientos pacifistas católicos de Estados Unidos y de Europa, los movimientos ashram en la India y los grupos de base de muchos países en los hemisferios norte y sur son ejemplos de cómo la catolicidad de la iglesia católica no solo es un principio de fe sino una realidad humana que se vive en la práctica. No hay nada en el presente que nos anime a albergar esperanzas; resignación, frustración en incluso la erosión de la hermandad de creyentes han dejado su impronta en los últimos decenios. Muchos se hallan más pesimistas que optimistas cuando piensan en el futuro de la iglesia católica. Pero aquellos que como yo han experimentado el cambio histórico de Pío XII a Juan XXIII, que entonces no se creía posible, o los que han experimentado la caída del imperio soviético, pueden decir casi con toda confianza que debe producirse un cambio, incluso una

revolución radical, dada la presente acumulación de problemas. De hecho, solo es cuestión de tiempo.

Cuatro condiciones deberán cumplirse si la iglesia ha de tener futuro en el tercer milenio. No debe volver la vista atrás y enamorarse de la Edad Media, ni de la época de la Reforma ni de la Ilustración, sino ser una iglesia enraizada en su origen cristiano y concentrada en sus tareas actuales. No debe ser patriarcal, anclada en imágenes estereotipadas de las mujeres, hablar un lenguaje exclusivamente masculino ni desempeñar funciones predeterminadas por el género, sino ser una iglesia de participación que combine el ministerio con el carisma y acepte a las mujeres en todos los ministerios de la iglesia. No debe ser confesionalmente estrecha y sucumbir a la exclusividad confesional, sino ser una iglesia ecuménicamente abierta que practique el ecumenismo interiormente y finalmente complete sus numerosas afirmaciones ecuménicas con acciones ecuménicas, como el reconocimiento de los ministerios, la abolición de las excomuniones y una hermandad completa en la eucaristía. No debe ser eurocentrista ni favorecer en modo exclusivista las demandas cristianas ni mostrar un imperialismo romano, sino ser una iglesia universal y tolerante que muestre un respeto creciente por la verdad; así pues, debe intentar aprender de otras religiones y garantizar una autonomía adecuada para las iglesias nacionales, regionales y locales. El derrumbe del comunismo en 1989 ha dejado claro que el mundo ha entrado en un período posmoderno: después de 1918 y 1945 hay una tercera oportunidad para lograr un nuevo orden más pacífico y más justo. ¿Será posible abrir el camino a una economía nueva y responsable que vaya más allá del estado del bienestar, que no podemos costear, y del neoliberalismo antisocial? ¿Y pueden haber también nuevas políticas de responsabilidad más allá de la realpolitik inmoral y la idealpolitik inmoral? Aquí también el requerimiento va dirigido a las iglesias y las religiones: no habrá paz entre las naciones sin paz entre las religiones. Y se demanda en particular a la iglesia católica que cumpla urgentemente las cuatro condiciones antedichas si en verdad desea adecuarse a la nueva era del mundo. Sin embargo, la pregunta «¿Adónde se dirige la iglesia católica?» será malinterpretada como preocupación exclusiva de la iglesia a menos que, al mismo tiempo, se medite el siguiente problema más amplio: «¿Adónde se dirige la humanidad?» En este caso, al menos para mí, la solución no pasa por decir, por ejemplo, «de la iglesia global a la ética global», sino «con la iglesia del mundo hacia una ética global». Es la búsqueda de una ética común para la humanidad la posible contribución de todas las iglesias y religiones, incluso de los no creyentes. Nuestro planeta no podrá sobrevivir sin una ética global, una ética a nivel mundial. Así pues, la iglesia católica debería apoyar:

Un orden social mundial: una sociedad en la que los seres humanos gocen de iguales derechos, convivan en solidaridad mutua y en la cual el abismo siempre mayor entre los ricos y los pobres sea superado. Un orden mundial plural: una reconciliación de la diversidad de culturas, tradiciones y pueblos de Europa, en la que no haya lugar para el antisemitismo y la xenofobia. Un orden mundial en hermandad: una comunidad renovada de hombres y mujeres en la iglesia y en la sociedad, en la cual las mujeres tengan las mismas responsabilidades que los hombres en todo, y en la que puedan contribuir libremente con sus aportaciones, puntos de vista, valores y experiencias. Un orden mundial que avance en la paz: una sociedad en la cual se incentive el establecimiento de la paz y la resolución pacífica de los conflictos, así como una comunidad de pueblos que contribuyan a fomentar la solidaridad para con el bienestar del prójimo. Un orden

mundial que sea respetuoso con la naturaleza: un hermanamiento de los seres humanos con todas las criaturas, en el que sus derechos y su integridad también sean respetados. Un orden mundial ecuménico: una comunidad que cree el ambiente propicio para la paz entre las naciones mediante la unidad de las confesiones y la paz entre las religiones. Me resulta imposible predecir cuándo y cómo se llevará a cabo esta visión de una iglesia católica renovada de acuerdo con el Evangelio de Jesucristo. Pero en el transcurso de mi vida como teólogo he escrito infatigablemente que esta visión puede hacerse realidad, y he demostrado cómo puede suceder. A pesar del actual «bajón» ecuménico, tengo la esperanza bien fundada de que el cristianismo encontrará finalmente el camino hacia un paradigma ecuménico en el actual tránsito de la modernidad a la posmodernidad. Para la nueva generación, los tiempos del confesionalismo forman ya parte del pasado. Como es natural, las señales de los «paradigmas confesionales» seguirán siendo evidentes. Un cristianismo uniforme no es probable ni deseable. Pero tras la abolición de todas las excomuniones recíprocas, las confesiones quedarán abolidas y trascenderán en una nueva comunicación, incluso en una nueva comunión ecuménica. Esto principalmente quiere decir un hermanamiento eucarístico, pero también la hermandad de los cristianos en la vida cotidiana. Tal paradigma ecuménico ya no se caracterizará por tres confesiones antagónicas, sino por tres actitudes básicas complementarias. Esto se traduce en que se formularán tres preguntas, que se contestarán del modo siguiente: • ¿Quién es ortodoxo? Aquellos especialmente preocupados por la «correcta enseñanza», la verdadera enseñanza, son ortodoxos. Concretamente, los preocupados por esa verdad que, debido a que es la verdad de Dios, no puede ofrecerse a los individuos aleatoriamente (cristianos, obispos, Iglesias), sino que más bien debe ofrecerse creativamente a las nuevas generaciones y vivirse en la tradición de la fe de toda la iglesia. Ahora bien, si esto es decididamente «ortodoxo», entonces también resultará que un cristiano evangélico o católico también puede, y debe, ser ortodoxo en este sentido de «verdadera enseñanza». ¿Quién es católico? Aquellos que estén especialmente preocupados por la iglesia en su conjunto, universal y globalmente, son católicos. Concretamente, aquellos que estén interesados en la continuidad y universalidad de la fe y en la comunidad de la fe en el tiempo y en el espacio a pesar de todas las rupturas. Ahora bien, si esto es decididamente «católico», entonces también resultará que un cristiano ortodoxo o evangélico también puede, y debe, ser católico en este sentido de hermandad universal. Por último, ¿quién es evangélico? Aquellos que estén especialmente preocupados con la constante referencia al Evangelio en todas las tradiciones de la iglesia, sus enseñanzas y sus prácticas. Concretamente, aquellos que apelan a las Santas Escrituras y a una reforma práctica y constante de acuerdo con la norma del Evangelio. Y si esto es decididamente «evangélico», entonces finalmente también resultará que los cristianos ortodoxos y católicos también pueden, y deben, ser evangélicos en este sentido, recibir la inspiración del Evangelio. Bien entendido, hoy en día las actitudes básicas «ortodoxas», «católicas» y «evangélicas» ya no son exclusivas sino complementarias. Y esto no es solo un postulado, sino un hecho: en todo el mundo, innumerables cristianos, comunidades y grupos están viviendo en la práctica un auténtico ecumenismo centrado en el Evangelio a pesar de toda la resistencia desplegada por las estructuras eclesiásticas. Es una tarea amplia e importante para el futuro convencer de esto a un número cada vez mayor de católicos.